

si vendrá traída por el paso de un cometa serio, (no bromista como el de este año), ó por el enfriamiento gradual del sol, ó por algún pavoroso cataclismo que se asemeje al de Mesina, corregido y aumentado en proporciones convenientes.

Leopoldo de Bélgica, en resumen, y por mucho pesquis que haya demostrado en los negocios congoleses, ha sido un mal rey, porque amenguó con su conducta el prestigio de la institución; un mal padre, porque reprendió en sus hijas faltas que él cometía sin tanta excusa, por mejor decir, sin excusa de ningún género; y un viejo de comedia de figurón, un Geronte, porque cultivó, en la senectud, los idilios que, á su hora y en su tiempo, se revisten de encanto y se rodean de seductora poesía.

Zola escribió una novela titulada *El doctor Pascal*, en que una muchacha se enamora perdidamente de un viejo, por más señas tío suyo. Valera, en *El Comendador Mendoza*, desarrolló la misma tesis. No dudo que en la literatura general fuese fácil citar más ejemplos de esa, al fin, anomalía; pero me atengo á la sabia opinión de Moratín: á las niñas los viejos no les gustan; casi podría extenderse la afirmación, declarando que los viejos no gustan á nadie; y ¡qué decir de las viejas, entre las cuales no faltan muchas que se juzgan capaces de inspirar pasiones!

Acaso voy á ponerme en contradicción con la mayoría si declaro que, para mí, las viejas, aun prestándose en mayor grado á la burla, me parecen más disculpables en su tenaz ilusión. Los hombres, —¡quién lo duda!, —tienen otros medios de adquirir toda clase de experiencias, y señaladamente la amorosa. La mujer, en estas cuestiones, por punto general, pasa la juventud sin aprendizaje, y lo que conoce de la realidad, se lo enseña el matrimonio. No hay que asombrarse si conserva una gran dosis de inocencia. Para no pecar de ilusa, ha menester doble perspicacia, doble instinto defensivo.

Estos días habló la prensa de una millonaria sentona que se unió á un guapo muchacho, protestando de que obedecía á la noble y natural ley de la atracción, que rige los mundos. Pues esa soñadora trasnochada es, á mi ver, doblemente perdonable que Leopoldo, el cotorrón harto de dejarse mesar las barbas de mágico por todas las daifas y correntonas de París y de los grandes Casinos internacionales.

Conviene ser severo con tales flaquezas, cuando las comete un rey. Los reyes necesitan evitar semejantes escollos, aunque, siendo hombres como los demás, no puedan eximirse de pasiones y devaneos juveniles. La juventud pide lo suyo, y lo que en el mozo no extraña, en el viejo repugna. Dos veces más reprochable, en un viejo, el casamiento indigno, rebajador, porque el casarse no es una sorpresa de los sentidos ni del sentimiento; es algo que se realiza después de haberlo pensado, y un rey anciano, al casarse insensatamente, como Luis XIV, acepta, ante la historia y la posteridad, todas las responsabilidades, todas las consecuencias, todas las reprobaciones. Y he aquí porque, desde el mundo en que la verdad se aparece refulgidora, el rey Leopoldo, (puesto que sea cierto que se unió ante el ara y ante la ley con la baronesa Vaughan), se verá muy en ridículo..., lo cual debe de ser desagradable hasta á las benditas ánimas del Purgatorio, que también tendrán su negra honrilla.

No me agrada mucho el tema de los crímenes, á no ser que en ellos vayan envueltos enigmas psicológicos; y la mayor parte de los que se cometen, por trágicos y feroces que sean, tienen un substrato psicológico elemental. La codicia, la venganza bárbara, he aquí los móviles frecuentes y previstos de la criminalidad corriente. Se mata por robar, se mata por saciar rencores; se mata alguna vez, ó bastantes veces, por brutal enamoramiento, por celos. Pero el crimen de Gádor sale de lo común, y nos retrotrae á las edades primitivas, ancestrales; á los primeros pasos del hombre sobre la tierra.

Que la humanidad adelanta en lo material, ¿quién lo negaría? Desde la época de las cavernas y los palafitos ¡cuánto no ha inventado, descubierto y aprendido el hombre! La naturaleza, que al principio le dominaba y absorbía, ha sido por él vencida, sujeta, explorada y explotada. Sus fuerzas, cautivas de la inteligencia humana, se convirtieron en agentes poderosos de la obra civilizadora. Por dondequiera, la

conciencia y el cerebro han producido maravillas, en buena lid, en lucha incesante y brava. A medida que el hombre modificó ventajosamente las circunstancias y se sobrepuso á las fatalidades naturales, su condición mejoró; no nos atreveríamos á decir que fué mucho más dichoso, pero su vida se hizo más digna de la racionalidad. Sin embargo, en el fondo obscuro de la mente y del alma del hombre persistió y persistirá eternamente esa corrupción, esa maldición que la fe, con profundo sentido, atribuye al pecado original, y que en vano pretenden negar los optimistas. Selva oscura, enmarañada y poblada de alimañas venenosas el alma humana, á la luz de un relámpago vemos su fondo de abismo, y el espanto nos hace retroceder. Tal sucede con el crimen de de Gádor, ventana abierta sobre lo infinito de la concupiscencia y también de la crédula estupidez de la estirpe de Adán.

El Dante calificó á esta estirpe de «mala semilla» y no anduvo desacertado. Por eso me parecen modelos de sencillez los que la juzgan naturalmente buena, desde Rousseau hasta Grave, el soñador de sociedades futuras, y aspiran á verla entregada á sí propia, sin trabas, leyes, autoridad ni freno. Un hato de tigres suelto en una gran ciudad; un centenar de dragones correteando al través de la campiña; un saco de áspides desatado entre una muchedumbre, son flor de cantueso al lado de nuestros congéneres entregados á la sugestión del instinto y en libertad para seguirlo á su talante.

Esto de Gádor ofrece una nota característica. El crimen es tan monstruoso, que parece inverosímil que acierte á cometerlo una criatura humana; y son ocho ó diez criaturas humanas las que, puestas de acuerdo, lo han cometido. La soledad, la noche, sugieren la maldad al insomne; si revela al otro día sus cavilaciones horribles, natural parece que las repuebe quien las escuche. Aquí aparecieron en piña, compactos y unidos, los cómplices, y no hubo ninguno que, antes de cometer el acto sin nombre, de latase, descargase un garrote, hiciese por lo menos una objeción... Perfectamente acordes, creyeron, bajo la fe de un curandero, que la caliente sangre y las palpitantes entrañas de un niño serían remedio eficaz para la enfermedad que consumía á un adulto, y sin vacilación eligieron la víctima, la tendieron un lazo, la llevaron engañada con un ardor que revela astucia, la amarraron, la tendieron sobre la mesa del sacrificio, y, mientras clamaba por su madre, (cosa capaz de ablandar á las hienas), hincaron en el inocente corazón un cuchillo, recogieron la sangre que manaba humeando, la batieron para que no se cuajase, la sazonaron con azúcar para que fuese gustosa, refinamiento de un delicado paladar, y, entre el grito bestial del egotismo de fiera: «¡Primero que todo es mi vida!», el enfermo la apuró rápidamente, seguro de que en la horrible bebida venía la salud. Y prosiguiendo en la tarea, fueron extraídas por los cómplices y las cómplices, las mantecas de la criatura, y aplicadas al pecho del doliente, y arrastrado el cuerpo del pequenuelo como un despojo de oveja muerta, y, como aún diese indicios de vida, apedreado y apaleado, hasta que de la cabeza saltaron los sesos... Y la víspera de tal horror, esos campesinos, cuyo retrato publican estos días los periódicos, pasarían por individuos como todos, ni buenos ni malos; y quién sabe si, cuando esta causa se juzgue, el defensor alegará que obraron impulsados por motivos naturalísimos y excusables, como el deseo de sanar, de curar una enfermedad como la tuberculosis, deseo que, en la esposa del Moruno, hasta tuvo algo de santo y mucho de grandioso...

Cuando pasamos por entre la multitud; cuando miramos una de esas fotografías en que aparece un tropel de gente, se nos ocurre siempre pensar: cuántos de éstos habrán ascendido, en su conciencia, más arriba del hombre de las cavernas; y preguntarnos si el hombre de las cavernas no sería como los civilizados de hoy, aunque sin medios para mostrar los mismos sentimientos que en el civilizado son honra y prez de la humanidad. ¿No habría entonces, como ahora, gente de esa «ante la cual hay que descubrirse», según la frase de Loti, y gente semejante á la de Gádor, y otra que ni llegaba á las cimas ni barbotaba en los hondos círculos infernales? Acaso, en lo esencial, la humanidad ha cambiado poco. Y me preparo á no sorprenderme si los de Gádor son indultados el día de Viernes Santo de 1911.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La viuda del rey Leopoldo de Bélgica, baronesa de Vaughan, se ha vuelto á casar, dicen los diarios, con un honrado burgués... Y á estas fechas ni sabemos si la tal baronesa de Vaughan es realmente viuda, ni si el burgués es honrado.

Hay quien sostiene que el monarca de la lengua barba no llegó á casarse, en lo cual habría demostrado previsión, que al fin las extravagancias incompletas, son menos intolerables, y, en el caso actual, menos risibles. Pero, si los manes del rey barbiluengo pueden enterarse de lo que en la tierra acontece, y si Leopoldo la hizo redonda tomando por su «legítima» á una persona tan baja, tan joven para él, y tan ligera de cascos, —algo de sofoco sufrirán esos manes pecadores, al ver cuán presto han encontrado sustituto, y qué breve tiempo ha permanecido desierto el tálamo de la reina ó lo que sea, —pues respecto á la categoría que la baronesa de Vaughan ocupaba, hay infinitas versiones y pareceres.

Existen errores incurables, inveterados, por mucho que los moralistas prediquen; y éste de los casamientos desproporcionados en edad, es uno de ellos. Los que hablan del rey Leopoldo de Bélgica, convienen en que era sujeto de clara inteligencia, experto y vividor, ducho en cuestiones femeniles, de esos que ven crecer la hierba y cortan un pelo en el aire. Y yo quisiera saber qué colegial barbilindo cometería simpleza más grande que la de Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gota, con sus setenta años de experiencia, su pasado galante y calaveresco, al suponerse amado por una mujer en la flor de la edad, de una clase social inferior, y guapa y alegre. Todavía puede que Leopoldo se burlase de los que creen en brujas.

Aunque la monarquía belga es de índole democrática y constitucional, la dinastía pertenece, en su linaje, á las grandes aristocracias, y la sangre del *vert galant* monarca, á las más azules. Leopoldo II era duque de Sajonia, príncipe de Sajonia-Coburgo-Gota, descendiente por su madre de los Borbones y Orleans. Una de sus hijas, como nadie ignora, estaba casada con el heredero de la corona de Austria; por cierto que, cuando esta hija, bien infeliz en su matrimonio, viuda después de una tragedia que todavía permanece envuelta en profundo misterio, y sin hijos que pudiesen llenar su existencia y consolar su soledad, rehizo su vida casándose con un aristócrata, el conde de Lonyay de Nagy Lonya y Vásáros, con quien se desposó en Miramar, el futuro esposo de la hija del portero lo tomó muy á mal, y fulminó sobre la misera princesa su más paternal maldición. Que así es el género humano, y así será probablemente, hasta esa consumación de los siglos, que no sabemos

No l
las nup
qué pu
después
historia
y nadie
propia
yores y
padre,
Uno
Anuari
dió por
pe de S.
con la
después
regione
tal unió
á mí c
Gotha!
Leop
jonía C
cho, pa
present
identifi
rador A
tiséis a
taña, la
La n
espejisi
á Leop
acceptar
gusta, l
Luisa c
puesto
concub
de Mo

¿Qui
mujer v
Carolín
no se h
la Vau
del bar
la antig
cia hab
buen n
tegoría
lares d
Era
y de ur
tán de
la viuda
ya que
salió h
más, m
ví de
barón
do, sob
ta man
un hom
tamen.
peraba
Ape
varios